

P678

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LA CONJURACION ANTE EL HURACAN. CORTÉS QUEMA SUS NAVES



MAUCCI H^{OS} MÉXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LA CONJURACIÓN ANTE EL HURACAN

— ó —

Cortés quema sus naves

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—Primera del Relex, 1

1900



La conjuración ante el huracán



Así hablaban una vez los guerreros españoles de Hernán Cortés, temblando ante el porvenir:

— «¡Eenla, eenla hut!» — gritó el esclavo que llevaban los españoles en sus barcos.

Y eso quería decir:

— ¡Vámonos, porque hay muerte!

Las tropas españolas temían el peligro.

— Tiene razón el indio. ¡Jamás seguiremos hacia el peligro sin que luchemos antes! — dijo un oficial.

—¿Para qué ir á perecer sin gloria, sin poder adquirir siquiera los últimos goces que disfrutaban todos los hombres? —exclamó un soldado de coraza lucente.

—¡Imposible! ¡Imposible! Nosotros estamos dispuestos á volver hacia la Isla de donde partimos un día—gritó un marinero.—¡Yo no iré á ser víctima de estos bárbaros que no son como los que habíamos conocido antes; cobardes y tristes, humillándose á cada instante!... ¡No!... ¡Jamás renovaremos nuestros juramentos de ir á conquistar este reino!... ¡No!... ¡Imposible! ¡Imposible! ¿Para qué suicidarnos?

—¡Sí, sí, sí!... ¡Sí, sí, sí!

—Atravesemos con nuestras largas y terribles espadas á los que se opongan á nuestra retirada. ¡Volvamos, volvamos á nuestra querida Isla! ¿Qué podremos ve-



nir á hacer en este país ingrato donde sabemos que hay millares de jefes que están disponiendo ejércitos innumerables para aniquilarnos? ¿Qué vamos á hacer nosotros contra un imperio? ¿No es verdad que es preciso volver y embarcarnos para no volver nunca tan solos? ¡A

nuestras barcas! ¡Sus! ¡Amigos míos, hacia nuestras embarcaciones para que nos conduzcan á las hermosas islas de donde venimos!—volvió á gritar un viejo soldado.

—¡Bien dicho, camaradas! ¡Hemos sido engañados; volvamos de nuevo á tierra! —rugió el jefe de aquel corrillo.

—¡Insensatos y viles muchachos hemos sido! ¡A las barcas para volver á las Islas! ¡Partamos!

—¡Sí! ¡Sí! ¡Partamos! ¡Partamos!

Y más aun delante de los tlaxcaltecas.

Se preguntaron: ¿Seguir adelante cuando todo ha muerto? ¿Ir á desparramar nuestra sangre nada más para que sea poderoso, omnipotente y magno el Hernán Cortés?

—¡No! ¡No! ¡Cien mil veces no! ¡Abajo; muera Hernán Cortés!

Así continuaban gritando en el colmo

del desenfreno sus compañeros aquella tarde en que posaban ya todos sobre las riberas de lo que había de ser muy pronto Veracruz.

¡Ya los audaces marinos, ya los guerreros, ya los bravos y viejos artilleros se hallaban en tierra!

Cuentan que repentinamente, los que se coaligaban contra su jefe vieron una mujer.

¡Pero qué terror cuando oyeron las palabras de la dama Amarilla de listas Rojas! —porque así vestida se les presentó de repente en medio del mayor misterio.

.
—,Temblad! ¡Volved á los hogares abandonados! ¡No abandonéis las hermosas campiñas españolas! ¡Más que el oro brutal y sólido, eternamente inútil, que con ríos de sangre se extrae de las mi-



nas! ¡Ay, esas minas de oro van á causar el derrame de las más espantosas cataratas de sangre!

¡Temblad, entonces, temblad, amigos míos, temblad; pero recordad pronto mis frases... yo he amado, yo he querido ser bueno!

Luego todo quedó en silencio.

¡Pero cuando los aventureros supieron la traducción de las palabras aztecas, qué espanto, qué enorme terror!

¡Y entonces fué cuando se desencadenó toda aquella furibunda tempestad de frases contra su caudillo y la empresa de la conquista!

Los elementos, los aires, el rumor de los vientos, el bramar lejano de los torrentes, todo tronaba gritándoles con ira soberbia: ¡Atrás, atrás, atrás!

¡Tal era la causa de aquella conversación, mejor dicho de aquella barahunda entre los marineros y soldados aventureros españoles, al ir á embarcarse para las costas, desde donde irían ya, vestidos de hierro, á conquistar Tlaxcallan, Cholula, Texcoco y otras poblaciones importantes. pues terminados los combates pequeños debían empezar ya las verdaderas batallas.

¡No querían partir hacia el centro de las tierras muchos capitanes! Ellos fueron los que habían exclamado con sorda rabia:

—¡Jamás! ¡Jamás! No iremos á dejar nuestra cabeza en los altares de los dioses enemigos. No queremos ser indignos. ¡Nuestra Santa Cruz será alta y prodigiosísima... esperad... pero antes, amigos míos, batallamos contra nuestros enemigos!

—¡Vamos, detenéos, detenéos!—les gritó Hernán Cortés, desde la playa de Veracruz.—¡Detenéos, amigos míos!

Así gritó el caudillo aquella noche. ¿Mas cómo pudo ser aquello? ¿No estaba todo en el más profundo silencio, en la soledad más triste, en el aislamiento más espantable? ¿Qué había podido suceder? ¿Quién había lanzado el grito tremendo? ¿Quién los había delatado en su conspi-

ración? Nunca pudo saberse; pero sí se sabe que fué una bienhechora Ninfa, un genio de la gloria y del amor.

Y que ese genio detuvo las embarcaciones en que algunos aventureros se dirigían nuevamente á las visionarias islas donde creían encontrar más seguras riquezas, más oro, más amor.

En aquella noche muy pronto los descontentos aventureros hubieran podido pasar las olas y llegar á cualquier bergantín; mas de repente otras voces resonaron más estridentes, algunas preciosas, argentinas y purísimas. Pero el vocerrón tremendo de Hernán Cortés acalló el coro de los fugitivos. Estos se contuvieron, y pocos instantes después, un furibundo huracán se desencadenó. Ya no podrían partir.

—¡Dios te acompañe, mi poderoso y único enemigo!—oyóse un eco lejano, un

eco lejano que se perdió entre el fragor de la tempestad que iba arreciando.

¿Qué espíritu, qué sombra, qué genio, qué visión, qué espectro pudo haber lanzado aquella frase?

¡Ninguno lo supo; nadie lo supo jamás!

—¡Nadie retroceda! ¡Antes la muerte!
—gritó el capitán, al amanecer, á sus tropas.

—¿Y si tus soberbias barcas, si tus gigantes fortalezas que oscilan sobre el mar con esas alas blancas que llevan en lo alto, desean dirigirse hacia el Oriente?—preguntó en dulce lenguaje la bella Mallintzin en su idioma, traducido por el intérprete Juan de Aguilar.

—¡Ya os he dicho que mis naves jamás volverán á España! ¡Ni á ninguna isla! ¡Serán hijas de la muerte y del fuego!

—¡Oh, sí, gran Tecuhtli, gran Señor, adorado ídolo mío! Si quieres ser grande



y poderosísimo, ¡quema tus naves! ¡quema tus barcas! Sin esas fortalezas, ¿quienes pueden traicionarte? Entonces, ¡ay! ¡ay de los que intenten oponerse á tí!; ninguno podrá desertarse; ¡todos serán tuyos, serán tus vencidos, serán tus esclavos! ¡Quema tus naves! Entonces, ¡oh

gallardo y terrible conquistador del rostro blanco, de la barba negra! entonces seremos dueños y amos del imperio de Moctezuma. ¿Quién nos resistirá? ¡Sermos los emperadores y los dioses! ¡Quema tus naves! Es preciso, amigo mío; piensa, reflexiona. Aun vacilan los más valientes de tus guerreros. Otros, ya lo has visto, han intentado regresar y no tornar nunca... insensatos. ¡Ay! Algún día las naciones se disputarán la gloria de esta magna conquista. ¡Quema tus naves! ¡Quema tus naves!

—¿Y qué sucedió por fin?—preguntarán mis buenos lectorcitos.

¿Qué pasó con los guerreros de Hernán Cortés, quienes empezaban á vacilar, temiendo encontrar en el hermoso país de Anahuac, una inmensa tumba y no un gran torreón repleto de oro. ¿Qué fué de los ensueños de la gloria que se

habían imaginado encontrar los valientes españoles?

¡Misterio! ¡Misterio! Todo lo aclaraban aquellos hombres con esta frase. Pero lo que sí fué tremendamente heroico: «¡el incendio de las once naves en las aguas del Golfo!»

¡Cortés mandó al fin prender fuego á sus naves!

.
¡Ardieron las naves! ¡Aquel fuego acrisolaba por todos los siglos el nombre de aquel Fernando Cortés!

¿Y sabéis por qué hubo tantas hecatombes, glorias, monstruosidades, infamias, primores, delicias y perfecciones en la conquista?

¡Por el incendio de las naves!

—Ninguno de vosotros podrá regresar á la patria. Ninguno puede ya volver ni á España ni á las islas. Ahora, la suerte

está arrojada, amigos míos; luchemos con brío; pronto, muy pronto llegaré á daros glorias y tesoros magnos, y acaso, acaso seréis príncipes. No hay misericordia; las naves ardieron ya. Ahora á pelear, á luchar hasta obtener el poderío de los emperadores de estas comarcas.

Al pronunciar Cortés estas frases, cruzó por el viento una grande águila negra que fué á perderse melancólicamente allá en el obscuro confín del horizonte, sobre las olas.

Ya las naves habían desaparecido. Quedaba sólo un puñado de héroes aventureros que tenían que vencer ó morir. No había más solución. ¿Qué pasaría luego? Pronto lo sabréis, amiguitos.

No dejéis de leer

EL CONPOCO DE XICOTENCATL EN MÉXICO

- Historia de Meztlichotil**
Las Hazañas de Moctezuma
El Estandarte Negro
Un Sueño de Moctezuma
La Muerte del rey Tizoc
Los paraísos del Nuevo Mundo
El juramento de Cuahutemoc
Historia de la bella Mallitzin
El Abismo de las Flores de sangre
Diego Colón, el hijo del Genio
El defensor de los Indios
Las tres carabelas en pos del Nuevo Mundo
La paloma de San Pedro
La cruz de la espada
La princesa Axempaxot Chitl
La conjuración ante el huracán
El guerrero Azteca
Las fuentes del oro
Los españoles en Yucatan
El Aguila ante los hijos del sol
El Embajador Ocelotl
Los monstruos del Rayo
El castillo del poder
Hernán Cortés y sus primeras aventuras
El ocelotl en la Isla del Sueño Rojo